# LA MODA ELEGANTE

# PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Año XXII. Núm. 45.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
**A S. M. LA REINA (Q. D. G.)**

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
**En España, Canarias y Portugal.**
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
**Precio de la edicion de lujo.**
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
**No se venden números sueltos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
**En las Américas Españolas**
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
**Precio de la edicion de lujo.**
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
**En los demás estados de América.**
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
**Precio de la edicion de lujo.**
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
**No se venden números sueltos.**



**Sumario.**—Dos cabos de corbata.—Encage á punto de aguja.—Dibujo de tapicería para cogin redondo ó taburete.—Lambrequin.—El baile.—Val-Doncel.—Explicacion del grabado de modas.—Predestinacion.—Tú y yo.—Un año de matrimonio.—Descubrimientos científicos.


### Dos cabos de corbata.

Si se quieren anudar estas corbatas se hará con una tira de tela que tenga un metro de ancho y de 6 á 12 centímetros de largo. El feston puede continuarse á todo lo largo de la corbata, ó bien limitarlo solo al rededor de los cabos bordados, haciendo un dobladillo en el resto por uno y otro lado. Estos dibujos se ejecutarán sobre muselina-nansouk ó batista, con algodon blanco ó seda negra ó de color. Está de más el decir que se pueden tambien bordar con seda blanca ó negra sobre tafetan negro, violeta, azul ó cereza. Los ramos de un solo color son de mejor gusto que los que se hiciesen con colores naturales, es decir el follage verde, las flores blancas ó encarnadas, etc.

Para la corbata n.º 2 se añadirá tul blanco, si aquella se hace de muselina ó tafetan blanco; tul negro, si se emplea tafetan de color; este tul se pone debajo de la tela y se recorta esta cuando se han bordado los lunares: tambien se pueden bordar directamente, sin cubrir el tul con la tela de la corbata.

### Encage á punto de aguja.

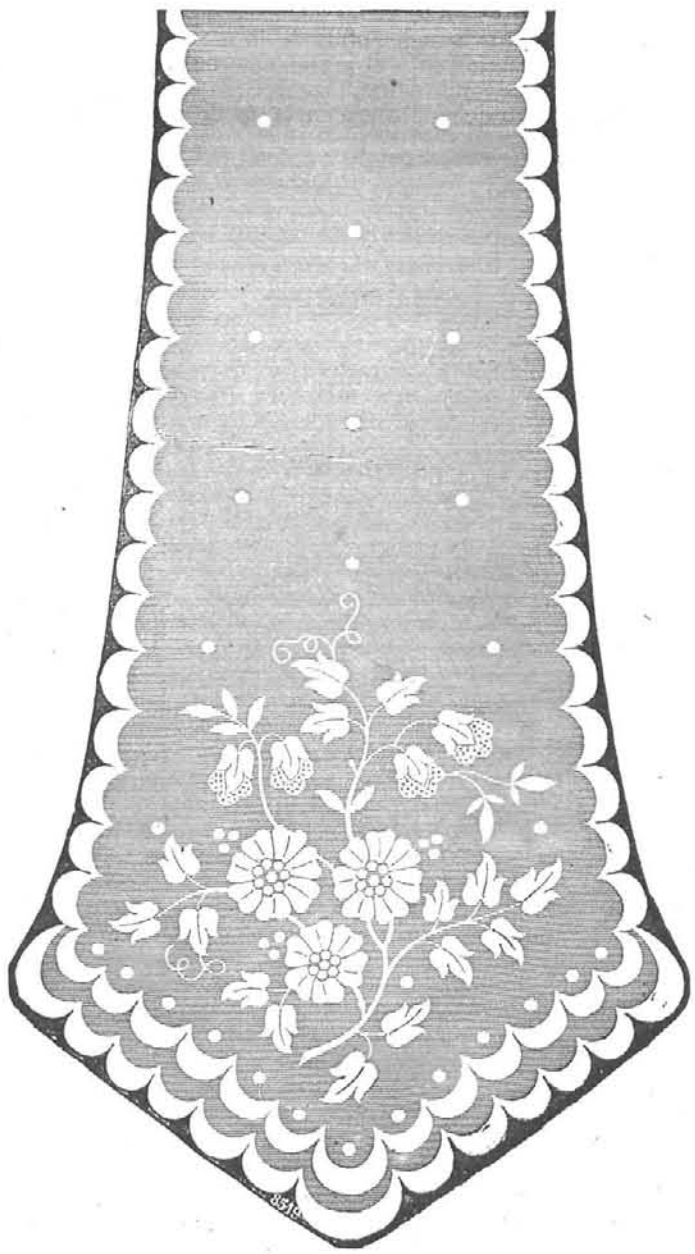
MATERIALES.—Hilo de lino n.º 80, agujas finas de acero.

Se arman 19 puntos, y se trabaja de ida y vuelta.

1.ª *vuelta.*—9 puntos al derecho,—* menguado (es decir, *dos puntos hechos juntos al revés.* Esto es lo que en el curso de esta descripcion se entenderá por la palabra *menguado*),—1 echado,—1 al derecho. Vuélvase á empezar dos veces desde *, —en seguida 1 echado. — 1 al derecho.

2.ª *vuelta.* —1 echado (este echado, que se hace al principio de todas las vueltas *pares*, forma los *piquillos* del encage),—un punto *sacado* (este término indica que se levanta un punto sin hacerlo, que se hace el punto siguiente, y que se saca por cima de este fuera de la aguja el punto levantado que no se ha hecho). La frase *un punto sacado* representa en realidad *dos* puntos,—todos los demás puntos al derecho.

3.ª *vuelta.*—8 al dereco,—* menguado,—1 echado,—1 al derecho. Vuélvase á comenzar dos veces desde *,—1 echado,—1 al derecho,—1 echado,—1 punto *sacado.*



N.º 1.—CABO DE CORBATA.

4.ª *vuelta.*—1 echado,—1 punto *sacado*,—otro echado,—otro sacado,—los otros puntos al derecho.

5.ª *vuelta.*—7 al derecho;—* menguado,— 1 echado,—1 al derecho. Vuélvase á empezar 2 veces desde *;—1 echado,—1 al derecho,—§ 1 echado,—1 *sacado.* Vuélvase á empezar una vez desde §.

6.ª *vuelta.*—* 1 echado,—1 sacado. Vuélvase á empezar 2 veces desde *; los otros puntos se hacen al derecho.

7.ª *vuelta.*—6 al derecho,—* menguado,—1 echado,—1 al derecho. Vuélvase á empezar 2 veces desde *,—1 echado,—1 al derecho,—§ 1 echado,—uno sacado. Vuélvase á empezar 2 veces desde §.

8.ª *vuelta.*—* 1 echado,—1 sacado. Vuélvase á empezar tres veces desde *; los otros puntos al derecho.

9.ª *vuelta.*—5 al derecho,—* menguado,—1 echado,—1 al derecho. Vuélvase á empezar 2 veces desde *,—1 echado,—1 al derecho.—§ 1 echado,—1 sacado. Vuélvase á empezar 3 veces desde §.

10 *vuelta.*—* 1 echado,—1 sacado. Vuélvase á empezar 4 veces desde *;—los demás puntos al derecho.

11 *vuelta.*—4 al derecho,—* menguado,—1 echado,—1 al derecho. Vuélvase á empezar 2 veces desde *,—1 al derecho,—§ 1 echado,—1 sacado. Vuélvase á empezar cuatro veces desde §.

12 *vuelta.*—* 1 echado.—1 sacado. Vuélvase á empezar cinco veces desde *; —los demás puntos al derecho.

13 *vuelta.* —3 al derecho,—* menguado, —1 echado.—1 al derecho. Vuélvase á empezar 2 veces desde *,—1 echado,—1 al derecho,—§ 1 echado,—1 sacado. Vuélvase á empezar cinco veces desde §.

14 *vuelta.*—* 1 echado,—1 sacado. Vuélvase á empezar 6 veces desde *. Los demás puntos al derecho.

15 *vueltas.*—2 al derecho,—* menguado,—1 echado,—1 al derecho. Vuélvase á empezar 2 veces desde *,—1 echado,—1 al derecho,—§ 1 echado,—1 sacado. Vuélvase á empezar 6 veces desde §.

16 *vuelta.*—* 1 echado,—1 sacado. Vuélvase 7 veces desde *,—los otros puntos al derecho.

17 *vuelta.*—4 al derecho—1 echado,—* menguado,—1 al derecho. Vuélvase una vez desde *,—1 echado,—3 puntos tomados juntos al derecho,—1 sacado;—§ 1 echado,—1 sacado. Vuélvase 5 veces

© Biblioteca Nacional de España

desde §.

18 *vuelta.*—* 1 echado,—1 sacado. Vuélvase seis veces desde *,—los demás puntos al derecho.

19 *vuelta.*—5 al derecho,—* 1 echado,—menguado,—1 al derecho. Vuélvase una vez desde *.—un echado,—1 sacado,—otro sacado,—§ 1 echado, —1 sacado. Vuélvase 4 veces desde §.

20 *vuelta.*— * 1 echado, — 1 sacado. Vuélvase 5 veces desde *.—Los demás puntos al derecho.

21 *vuelta.* — 6 al derecho,— * 1 echado, —menguado,—1 al derecho. Vuélvase una vez desde *,—1 echado,—1 sacado,—otro sacado,—§ 1 echado,—1 sacado. Vuélvase 3 veces desde §.

22 *vuelta.*—* 1 echado,—1 sacado. Vuélvase cuatro veces desde *,—los demás puntos al derecho.

23 *vuelta.*—7 al derecho,—* 1 echado,—menguado, — 1 al derecho. Vuélvase una vez desde *, — 1 echado,—1 sacado,—otro sacado;—§ 1 echado,—1 sacado. Vuélvase dos veces desde §.

24 *vuelta.*—* 1 echado,—1 sacado. Vuélvase tres veces desde *,—los demás puntos al derecho.

25 *vuelta.*—8 al derecho,—* 1 echado,—menguado,— 1 al derecho. Vuélvase una vez desde *, — 1 echado,—1 sacado,—otro sacado,—§ 1 echado,—1 sacado. Vuélvase una vez desde §.

26 *vuelta.*—* 1 echado, — 1 sacado. Vuélvase dos veces desde *,—los demás puntos al derecho.

27 *vuelta.*—9 al derecho,—* 1 echado,—menguado,—1 al derecho. Vuélvase una vez desde *.—1 echado, — 1 sacado,—otro sacado,—1 echado, — 1 sacado.

28 *vuelta.*—1 echado,—1 sacado, — otro echado, —otro sacado,—los demás puntos al derecho.

29 *vuelta.*—10 al derecho,—* 1 echado,—menguado,—1 al derecho. Vuélvase una vez desde *, —un echado,—1 sacado,—otro sacado.

30 *vuelta.*—1 echado,—1 sacado,—los demás puntos al derecho.

Se repiten estas vueltas desde la 1.ª hasta la 30 para continuar el encage.

### Dibujo de tapicería para cogin redondo ó taburete.

El dibujo representa la mitad del cogin, á excepcion del corto pedazo que no cabe en la plana, pero que es fácil continuar en la labor. Los cogines se guarnecen frecuentemente con un rizado doble de tafetan, cuyos bordes van recortados.

### Lambrequin. (Labor de sobrepuesto.)

MATERIALES.—Paño color castaño; galones de seda de tres puntos del color bronce; torzal de seda negra y de dos puntos del color castaño; retazos de paño blanco.

Este lambrequin, de fácil y pronta ejecucion, se hace de paño, que se recorta con el sacabocados en el contorno inferior de cada punta redonda. La combinacion de colores que para él indicamos es algo severa, y convendrá por eso mas particularmente para un gabinete masculino. Ya se comprende que esta combinacion puede modificarse segun el destino que se quiera dar al lambrequin.

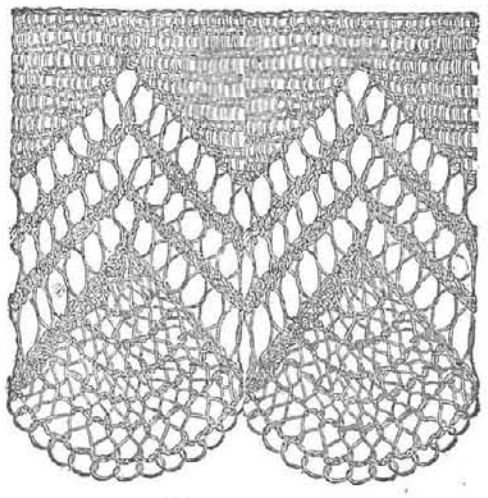
El dibujo, en extremo sencillo, se compone de arabescos ejecutados con galones de seda de tres puntos bien pronunciados del color bronce; el mas claro es casi un amarillo de oro oscuro.

Para trasladar el dibujo á la tela se empleará papel de calcar, de color; se le pondrá sobre el paño del fondo; sobre el papel se fijará el dibujo, cuyos contornos se seguirán con la punta de una aguja de hacer media que se apoyará bien sobre el dibujo, evitando sin embargo el romperlo.

Sobre estos contornos se cosen los galones de seda, haciendo puntos en cruz con el torzal de seda; el galon mas claro se emplea para el arabesco que forma el trébol; la seda negra sirve para pegar el galon mas oscuro. Los torzales de color castaño se emplean para los dos galones mas claros; estas sedas son mas oscuras que los galones sobre los que se han de coser. Las rosetas se recortan de paño blanco; las que figuran en el borde inferior del lambrequin se cosen con la seda del color castaño mas oscuro; la seda mas clara se emplea para las demas rosetas.

## EL BAILE.

El que fije su atencion en estos dias y considere la marcha magestuosa de la humanidad, por enemigo que sea de los tiempos presentes, no podrá negar el activo movimiento de la época en que vivimos.



ENCAGE A PUNTO DE ACUJA.

Hay una palabra estampada por la severa Academia de la lengua en las frias columnas del Diccionario, que, semejante á un resorte, tiene en sí la facultad de poner en movimiento á todo un pueblo con solo repetirla solemnemente en grandes caractéres colocados sobre la impasible seriedad de las esquinas.

Esta palabra arrebatadora salta hoy de todos los labios y tiene en continua movilidad y agitacion hasta los mas pacíficos habitantes de la monarquía.

Singular combinacion de sílabas que arrastra en pos de sí á cuantos encuentra al paso y conmueve á los corazones mas frios.

El amante mas satisfecho y mas tranquilo, siente á pesar suyo una inquietud que no lo deja reposar un momento.

El padre que ha formado poco á poco el corazon de sus hijos, si los años no le dejan moverse, tiembla involuntariamente al pronunciar entre dientes esa palabra conmovedora.

El marido que descansa en la fe de una virtud nunca desmentida, se pasea por los anchos ó estrechos límites de su aposento, dando vueltas en su imaginacion á una idea revoltosa que lo inquieta desde que ha resonado en sus oidos la palabra agitadora.

Todo se pone en movimiento.

¿Qué sucede?

La voz de cuatro empresas mas ó menos alegres ha agitado á la vez por los cuatro ángulos de la capital esta palabra: Baile.

El Carnaval es una página que el hombre pensador no debe doblar con indiferencia, porque en ninguna parte como en el baile puede estudiar el filósofo con mas provecho las caprichosas actitudes de la humanidad.

Seria inútil ir á sorprender el baile en el misterioso orígen de su primer movimiento; pero es seguro que Adan y Eva llevaban dentro de sí el gérmen inquieto de todas las futuras contradanzas.

Hay que creerlo así al ver cómo la humanidad se nos presenta en el umbral del mundo bajo la forma coreográfica de una pareja.

Y es indudable que de allí parte esta danza interminable en que todos bailamos y cuya cadena no se ha interrumpido todavía ni siquiera un instante.

Claro es, por mas que la historia guarde sobre el particular un discreto silencio, que á los danzantes no se les puede negar el mérito de una respetable antigüedad.

Hoy están en el legítimo ejercicio de sus funciones con arreglo á la constitucion particular de cada uno.

El espíritu público palpita en estos momentos bajo los precipitados compases de un wals, ó salta irresistiblemente al impulso de una polka.

Se puede decir que la multitud hierve al calor de la música.

Baile en el Teatro Real, baile en la Zarzuela, baile en el Circo, baile en Capellanes. Y para que las nobles y severas líneas con que Dios ha trazado la cara del hombre no vayan á ser una censura impertinente, y para que el pudor con que Dios ha adornado la cara de la mujer no vaya á contener la alegría y la franqueza, todos estos bailes se anuncian con una circunstancia que nos pone á cubierto de los mas legítimos escrúpulos.

Todos son bailes de máscaras.

Cualquiera diria que la mayor parte de la gentes que asisten á este movimiento de la humanidad, tienen vergüenza y se tapan la cara.

La diversion consiste en agitarse en medio de una multitud de seres anónimos, cómo si la mayor alegría del hombre consistiera en no conocer á sus semejantes.

Pero todo ello no es mas que un conjunto de bromas,

Mirándolo con reflexion, todo ello no es mas que un delicioso contrasentido.

Un alegre disparate que puede expresarse de esta manera:

La humanidad se disfraza para darse á conocer.

Es decir, que se tapa la cara para que se la conozca perfectamente.

Sin duda el baile es el distintivo mas inequívoco del ser racional.

Hablan los papagayos, cantan los ruiseñores, el perro es fiel, el elefante casto, el mono ingenioso, la hormiga avara, la abeja industriosa, el caballo dócil.

Solo el hombre baila.

Me parece que he dicho esto otra vez, y si es así, entiéndase que ahora no hago mas que repetirlo.

Yo he pensado muchas veces por qué los negros tienen esa pasion invencible por el baile, que no han podido vencer los rigores de la esclavitud.

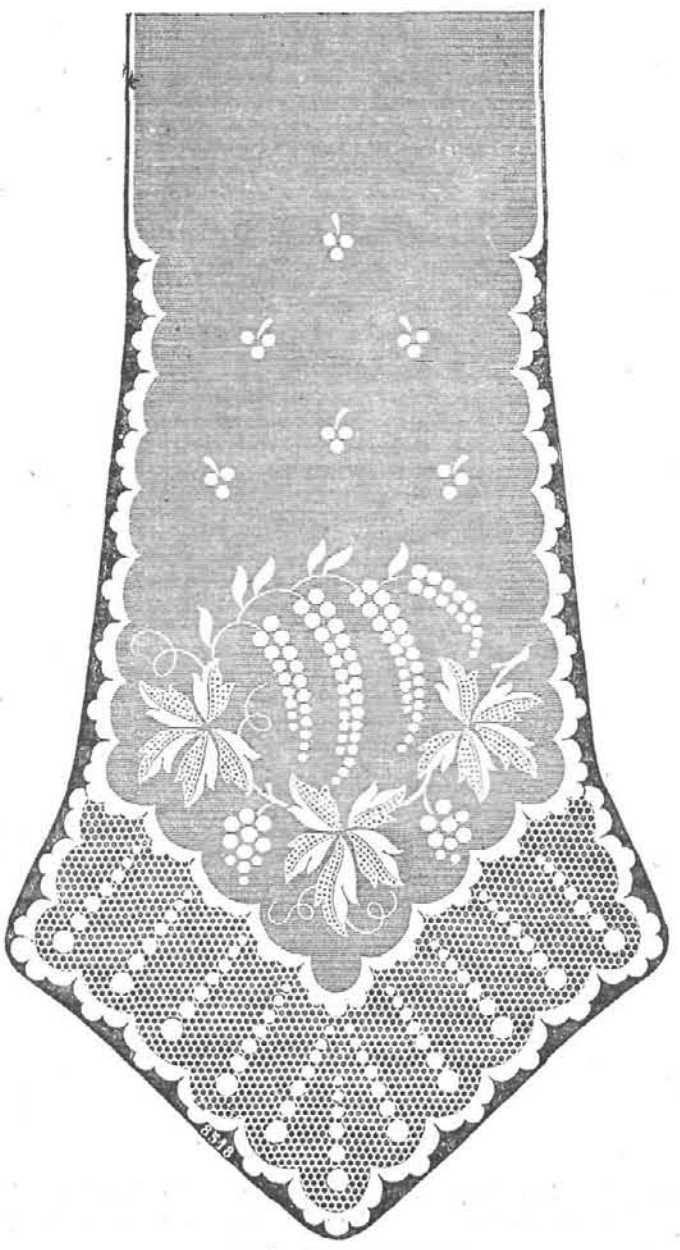
Forma un verdadero contraste el baile, que es la expresion viva de la alegría, con el negro, que es un ser eternamente cubierto de luto.

¿Cuál es la ley de esa extraña confusion del bullicio y de la tristeza?

Los negros, que parecen los encargados de representar el duelo continuo de la humanidad; los negros, que vienen á ser como la sombra de los demás hombres, tienen la sustancia del baile infiltrada en la medula de los huesos.

El negro tiene siempre una cantidad poderosa de energía, una suma considerable de fuerza, y un tesoro inmenso de contento para bailar.

Para el negro bailar es vivir.



N.º 2.—CABO DE CORBATA.

© Biblioteca Nacional de España

Esto parece una terrible ironía de la naturaleza.

Meditando profundamente sobre tan oscuro contraste, se me ha ocurrido esta reflexion:

Los negros han debido saber, á pesar de su ignorancia, que se les ha intentado negar el derecho de llamarse hombres.

Ellos no disponen de prensas, ni de parlamentos, ni siquiera de un ejército para hacer lo negro blanco, y han echado mano del baile como argumento invencible para probar que ellos son tambien hombres.

«Yo pienso, luego existo,» ha dicho un filósofo.

El negro desatándose en elocuentes contorsiones, dice: «Yo bailo, luego soy hombre.»

El baile considerado individualmente, es el derecho que tiene todo ciudadano de publicar sus movimientos con arreglo á la música.

Baile en general es una serie de movimientos personales que empiezan en el rigodon, que es una necedad, y acaban en el wals, que es una locura.

Bailar es hacer en presencia de mucha gente lo que no hacemos nunca cuando estamos solos por no reirnos de nosotros mismos.

El baile se estiende por todas partes y bajo todas las formas.

Desde las danzas fúnebres que se bailaban en la antigüedad al rededor de los muertos, hasta la medicina que cura las mordeduras de cierta araña venenosa haciendo bailar á los enfermos.

No es solamente un placer, un honor fúnebre, una medicina: hay tambien una enfermedad terrible que hace á los enfermos ir á buscar la muerte bailando.

Ese conjunto de saltos, de movimientos, de contorsiones que forman la expresion mas viva del regocijo y de la alegría, suele ser una cosa muy seria.

El baile que distingue al hombre de los brutos, distingue á los hombres entre sí.

Hay bailes nacionales.

Esta es la manera tradicional con que cada pueblo expresa su pasion á moverse.

Especies de dialectos llenos de gracia, de naturalidad, de expresion y de poesía.

Hay el baile culto, que es á los bailes nacionales lo que el insoportable frac á los airosos trajes de nuestras provincias: sus extremos son:

Ese circunstancial rigodon, que parece una reflexion bailada ó un cálculo en movimiento, y ese wals que no es mas que un torbellino siempre igual, sucesion interminable de vueltas, sin mas accidentes visibles que el vértigo de los que bailan y el mareo de los que ven bailar.

Viaje rapidísimo al rededor de infinitos peligros para la inocencia, para el pudor y para la honestidad.

Es casi imposible que no caiga mareada una mujer que valse mucho, y yo he observado que á las mujeres les es muy difícil valsar poco.—El baile es mas todavía.

Para presentarlo con todas las garantías de decencia y de formalidad posible, necesito una madre.

Afortunadamente el mundo no se acaba y tengo á donde escoger.

Esta madre es preciso que sea madre de una hija: le pido lo menos que se necesita para ser madre.

En honor de la verdad, es una señora digna de respeto.

Ha sabido hacer de su hija, que es bella, una jóven honesta.

Estamos en un salon en donde no se baila, pero contiguo á otro donde se baila.

Me es de todo punto indiferente que estos salones formen parte de un edificio público ó estén encerrados dentro del santuario de una casa particular.

Ello es un baile, y para mayor tranquilidad de todos advertiré que no necesito que sea baile de máscara.

La madre descansa sosegadamente en un ángulo del salon donde no se baila, mientras la niña pasea con sus compañeras el salon donde se baila.

Yo me acerco á la madre, si no hay otro que quiera hacerlo, y la digo:

—Esa tranquilidad, señora, me prueba que no sabe V. lo que pasa.

La madre abre á un mismo tiempo los ojos para expresar su admiracion, y la boca para decir:

—No sé nada!

—Mejor seria que V. no lo supiera, si no fuera peor el que deje de saberlo.

Claro es que con estas misteriosas palabras despierto en ella tres cosas, que en mi opinion no han dormido jamás; el temor, el interés y la curiosidad.

Advierto que aunque el baile no es de máscaras, yo me he propuesto dar una broma.

La madre me dirije casi á un tiempo estas dos misteriosas palabras: ¿Qué hay? ¿Qué hay?

Yo me acerco á su oido y le digo:

—He visto á Emilia.

—Y qué!

—Me ha causado pena.

—Cómo!

—El brazo de un jóven rodeaba su cintura.

—Es imposible.

—Sus rostros se hablaban casi juntos, sus manos unidas, sus miradas inquietas.

—Qué está V. diciendo!

—Se oprimian, se estrechaban, se confundian uno en otro...

El rostro de la madre se enciende y corta mis palabras.

—Eso no puede ser, dice levantándose.

—Señora, yo lo he visto.

—Pues yo tambien quiero verlo.

Apoya en mí su brazo, que siento temblar, y la llevo al salon donde se baila, y Emilia se presenta á los ojos de su madre como yo se la habia bosquejado, esto es, valsando...

La madre me mira, se sonrie, me reconviene y me abandona tranquila y satisfecha.

¡Un *wals*! Hé aquí una palabra que todo lo escusa.

Como si en un wals, la cintura no fuera cintura; ni el brazo, brazo; ni la mano, mano.

Un novelista francés dijo al entregar á su hija al que se la habia pedido por esposa: «Os llevais un verdadero tesoro; es jóven, es bella, es rica, y no ha leido ninguna de mis novelas.»

Dichoso mortal, si la hija del novelista hubiera podido añadir: «Ni he valsado jamás.»

José SELGAS.

---

El artículo que á continuacion insertamos, vió la luz pública tiempo há en la primitiva Moda. El buen éxito que entonces obtuvo nos hacia desear el reproducirlo, y así lo hacemos, habiéndose servido su estimable autor corregirlo de las notables faltas que se deslizaron cuando tuvo lugar su primera publicacion. Hoy, pues, lo damos á conocer tal cual es á nuestros lectores.

## VAL-DONCEL.

LEYENDA GALLEGA.

«A poca distancia de Betanzos existe un amenísimo valle cuyo nombre es *Val-Doncel*.

Ninguno de nuestros lectores que haya pasado cerca de aquel sitio dejaria indudablemente de visitarlo á menos que no fuese un hombre ageno á las dulces afecciones. Si esto no sucediese, se extasiaria bajo sus frondosas arboledas, y veria correr con cierto placer interior, las numerosas y limpias corrientes de agua que cruzan aquí y allá, y van á unirse con la ria de Betanzos.

Yo lo he visitado á la caida de una hermosa tarde de verano; yo aspiré las puras y saludables emanaciones de las montañas traidas en alas de una brisa pura y embalsamada, como se percibe tan solo en las montañas de Galicia.

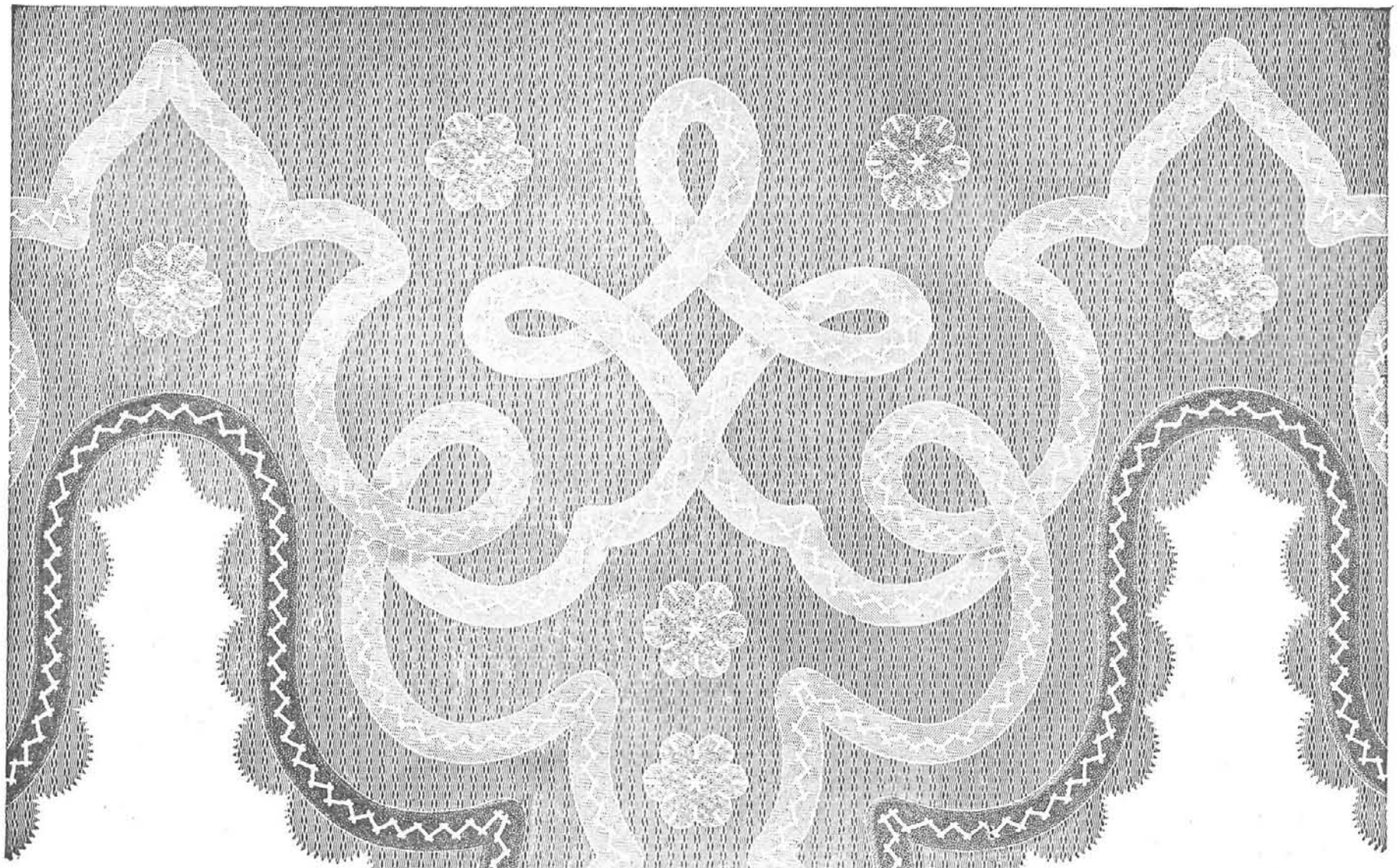
Allí tuvo lugar una hazaña que cubrió de gloria á sus hijos, y se trasmitió á la posteridad por medio de la historia.

Eran las seis de una mañana, del mes de mayo del año 785, y ocho galeones moros profusamente adornado de flámulas y gallardetes, acababan de fondear en la ria de Betanzos, cerca del sitio que aun hoy se llama de las *Galeras*.

A su vista los habitantes del país abandonaron apresuradamente sus hogares, corriendo con sus hijas á esconderse en las quebraduras de las montañas, y en las profundas cuevas tan abundantes en Galicia. Mas era en vano la huida, pues los sectarios

DIBUJO DE TAPICERIA PARA COGIN Ó TABURETE.—Explicacion de los signos:— ■ Negro. □ Violeta oscuro. ▩ Violeta claro. ▨ Seda blanca. ▦ Seda amarilla de oro. ▧ Seda gris acero.

© Biblioteca Nacional de España



LAMBREQUIN EN APLICACION.

de Mahoma, con perros atraillados, enseñados ya de antemano, les daban muy pronto caza, y el ominoso y con eusticia odiado tributo de Mauregato, ra satisfecho á pesar de cuantos esfuerzos y estrategias se hacian para evitarlo.

Sabido es que solo Galicia y Asturias eran las que suministraban las cien doncellas destinadas á satisfacer las exigentes y brutales pasiones de los cortesanos de Abderramen.

A cada uno de los pueblos de estas dos provincias les estaba designado el número que habian de entregar cada año; y este era segun la importancia y poblacion que tenia.

A Betanzos, que en aquellos remotos tiempos era una ciudad casi populosa, le correspondia contribuir al tributo con seis doncellas nobles y seis plebeyas.

Entonces, cuando tan arraigados estaban en el pecho de los gallegos los sentimientos pudonorosos y caballerescos; entonces cuando todo, al menos en la apariencia, se posponia á la voz del honor, mal podia sobrellevarse tan ignominiosa carga; así que eran inauditas, casi fabulosa, las hazañas que por librar á las doncellas se hacian aun despues de que estas se hallaban en poder de los recolectores de tan hermosos frutos.

La mañana á que nos referimos se veian reunidos frente á la iglesia de Santiago de Betanzos multitud de nobles y gente del pueblo, conferenciando acaloradamente sobre la llegada de los galeones moros que habian dado fondo en la ria; y los emisarios moros de Asturias y de las demás partes de Galicia que se iban reuniendo en la torre de Val-Doncel, destinada á albergar doncellas, servia de mayor incremento á los comentarios.

—Señor de Lanzós, decia uno de los nobles, malas noticias son para vos las que corren; teneis una hermosa niña que guardar, y si es vista por esos perros infieles, no dejarán de codiciarla para agregar á su coleccion de bellezas femeninas.

—Callad por Dios, señor de Osorio, y no aumenteis la pesadumbre que me oprime el corazon con vuestras palabras, respondió el de Lanzós. Demasiado presente tengo la desgracia que nos amenaza, sin que necesite recuerdos.

—Mal año, exclamó un noble de atléticas formas y cejijunto ceño, mal año para el rey infame y envilecido á quien debemos tan ominosa carga, y maldito sea el pueblo cobarde que no lo estorba, y así permite que le arranquen sus hijas.—Yo, continuó cada vez mas exaltado, si me veo en la precision de entregar á mi hermana Eldona, á pesar del gran cariño que la tengo, antes de verla en las manos de nuestros opresores le sepultaré esto en el pecho.

Y al decir tales palabras movia con furia su daga dentro de la vaina.

—Qué ocurre, que os encuentro á todos reunidos en la plaza? dijo un encopetado caballero que armado de punta en blanco se acercó al corrillo.

—Qué! ¿No sabeis lo que pasa, conde de Andrade? preguntó uno con extrañeza.

—No á fe; lo ignoro.

Acaban de llegar ocho barcas morunas en busca de las doncellas.

—Hombre, hombre, pues eso es cosa que en mi concepto no debia extrañar á nadie, pues no es la primera vez que sucede.

Aqui llegaban en su conversacion, cuando un murmullo sordo, á duras penas contenido, que salia de las masas del pueblo, les dió á conocer que alguna nueva ocurria.

Así era. Al poco tiempo desembarcaron en la plaza multitud de moros lujosamente ataviados.

A su paso tenian que sufrir por do quiera las invectivas, denuestos y hasta arremetidas del populacho, que no podia mirarlos impasiblemente, y procuraba por cuantos medios habia, molestarlos y privarles llevasen á cabo su objeto, que era recoger las doce desventuradas jóvenes que, como llevamos dicho, correspondian á la ciudad.

Mas pese á sus deseos, á la mañana siguiente contemplaron, aunque con furor la marcha de las doce doncellas para ser reunidas á las que se hallaban en la torre de Val-Doncel.

Doce hermosas jóvenes montadas en poderosas mulas lujosamente enjaezadas y escoltadas por los moros, caminaban llorando lastimosamente á la vista de sus padres y hermanos, cuyos torvos semblantes manifestaban á las claras los horribles tormentos que los martirizaban, y el trabajo que les costaba perderlas de vista.

Así es que muy á disgusto de los moros no las abandonaban hasta que estaban embarcadas y veian que ningun remedio humano les quedaba.

Al llegar al valle les esperaba un espectáculo dolorosísimo. Un anciano *plebeyo*, cuya hija estaba en poder de los moros, tan pronto como se apeó de la mula para entrar en la torre, se llegó á ella apresuradamente, y despues de haberla abrazado con gran ternura exclamó sepultándole en el pecho una daga:

— *Antes muerta que deshonrada.* Y en seguida, al mirar á la que tanto queria bañada en sangre, y agitándose entre las convulsiones de la agonía, cayó tambien al suelo exhalando el último suspiro.

Aquí no tuvo límites la indignacion general, y los naturales del país, capitaneados por cinco nobles que eran hermanos, y uno de los cuales contaba á su querida en el número de las cien doncellas, arremetieron denodadamente á los infieles.

Trabóse una reñida contienda, y bien pronto la sangre de ámbos bandos tiñó el campo. Allí el ódio, por tanto tiempo contenido á duras penas, se desbordó.

Durante el fragor de la refriega los cinco nobles inutilizaron sus espadas al chocar contra los aceros de las armaduras, y no pudiendo haber otras armas á mano, arrancaron cinco ramas de una de las infinitas higueras que entonces cubrian el valle, y que por esta circunstancia se llamaba el *Campo de las higueras*, y con ellas hicieron tantas y tales proezas que consiguieron llamar la atencion de cristianos y moros.

Desde aquel memorable dia agregaron un cuartel mas á sus armas. Este fué el de poner en campo de plata cinco hojas de higuera, aludiendo á las

© Biblioteca Nacional de España

cinco ramas con que sustituyeron las espadas, y al apellido que entonces usaban agregaron el de Figueroa, derivacion de Figueira ó Higuera.

Derrotados completamente los moros, fueron perseguidos con ahinco hasta las montañas, en donde cuenta la tradicion que no quedó uno solo con vida; y desde aquel dia el valle trocó el nombre que tenia de las Higueras por el de valle de las Doncellas, que ha llegado á nuestros dias, aunque adulterado. Hoy se llama Val-Doncel.»

A. DE SAN MARTIN.

vado el cuerpo del hombre. Las aves nocturnas, empiezan su cantinela esperando las tinieblas... Las azules ondas del lejano elemento, oscurecen su matiz, deslizándose y perdiéndose como las engañosas esperanzas de nuestra vida: en el firmamento se agrupan caprichosas nubes: el aire es denso; el siniestro grito del pájaro agorero, anuncia la tempestad... la ficticia calma que precede á su explosion, sofoca las refrigerantes brisas de la tarde, y la naturaleza agitada é inquieta, espera subyugada por el terror, que pase la cólera del Omnipotente.

Un viajero, jadeante por las desigualdades del sendero que conduce á la cercana eminencia, apresura su paso, llevando del diestro su negro corcel: el animal empina sus finas orejas, relincha temeroso, y aspira con avidez el escaso ambiente que no dilata su pulmon. El caballero se detiene: desea ponerse á cubierto de la próxima plomiza bóveda del cielo, y sin duda que aquellas criaturas, en aquella altura en que se hallan como suspendidos entre el cielo y la tierra, aquellos dos seres aislados, deben haberse apercibido de la aproximacion de un extranjero, pues no huyen de la ráfaga precursora de la tormenta, que los azota implacable.

El ladrido de un perro, ese alarido tan familiar al oido del hombre, y tan agasajador cuando se busca un albergue, dió la bien venida al fatigado viajero, quien ya casi al extremo del sendero, pudo distinguir, no sin sorpresa las dos figuras que parecian esperarle.

Eran un anciano y una jóven: aquel, en el último tercio de la vida: esta, en su primavera: sonrojada y confusa, fijos sus azules y luminosos ojos en el recienvenido, adherida al cuerpo del anciano como la yedra al olmo, esperó á que le dirijiese la palabra, no sin tender

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE TAFETAN VIOLETA.—El borde de la enagua va guarnecido con un rizado de tafetan negro de 3 centímetros de ancho; encima de él hay un entredos de encage negro dispuesto en losanges alternativamente mas grandes y mas pequeños. El chaleco, de tela igual á la del trage, lleva por adorno un entredos mas estrecho de encage. La chaqueta reproduce los losanges de la enagua, pero ejecutados con un entredos que es mas ancho que el del chaleco y mas estrecho que el del trage. El mismo adorno se repite en el borde inferior de la enagua y en el jockey. Cuello plano de lienzo; manguitos como el cuello.

TRAGE DE MUER, color de escarabajo dorado.—La enagua se guarnece con una tira de la misma tela, ribeteada en ámbos lados con galon negro; esta tira forma rizados, pero de modo que cada pliegue quede abierto. El corpiño tiene dos puntas por delante, y una faldeta cuadrada por detrás, que va tambien ribeteada por un galon negro y adornada con un entredos negro puesto plano. En cada lado de la faldeta van puestos tres botones negros; los delanteros del corpiño se guarnecen con un entredos igual al de la faldeta. Las mangas, abiertas y redondas, se adornan con un rizado semejante al del trage, pero mas estrecho. Cuello plano guarnecido por un encage estrecho de Valenciennes.

# PREDESTINACION.

POR LA

SEÑORA DOÑA ANGELA MAZZINI.

La incierta luz del crepúsculo doraba las escarpadas cimas de las cumbres de Lees (en Escocia.) Las hojas desprendidas por el áspero viento del otoño, se arremolinan en las pendientes, y van á perderse entre las fragosidades de la vecina costa. El peti-rojo suspende el trino melodioso que dirije al finar el dia, al soberano dispensador de la luz. La voz distante del leñador que vuelve para gozar del amor de la lumbre bajo su techo de paja, entona ese incalificable himno de todos los paises, de todos los climas: porque en todas partes, el espíritu humano, necesita una espansion, despues que el trabajo ha encorllluvia, y mira inquieto en rededor sin descubrir un abrigo: el sudor baña sus nobles facciones: el cansancio tiñe de un ténue carmin su megilla pálida naturalmente: su entreabierta boca que deja escapar su agitada respiracion, ostenta un labio mórbido y fino, que sombrea un corto y rizado bigote negro: viste una blusa de terciopelo gris, sobre un pantalon de gamuza, y sus negros y ondeados cabellos, se escapan á merced del impulso que les imprime su aristocrática cabeza, por debajo del fieltro en que luce una hebilla de diamantes, al pié de un negro feston.

—Anda, anda, Filibustero, dice á su cabalgadura como para animar al inteligente animal; vencido este repecho, hallaremos una guarida contra la cercana tempestad, y de seguro te espera la paja y la avena.

En aquel instante, sus ojos vuelven ansiosos á medir la distancia que le separa de la cima: dos sombras aparecen en ellas agigantando su silueta la rojiza y opaca luz del poniente resplandor. Inmóviles parecen bajo la una mirada de solícita inquietud en torno suyo: un túnico de fina y blanca lana velaba sus exquisitas formas, ceñido á su diminuta cintura por un cordon azul.

El anciano guardaba una completa inmovilidad, ocultando su luenga encanecida barba en el embozo de su pobre capa, mientras, el viajero, sombrero en mano, y halagando al can hospitalario, exclamó:

—Todavia hay para mi una estrella en este horizonte sombrío! perdido en los cruceros de ese camino, ansiaba llegar á esta cumbre por ver si hallaba abrigo contra la tempestad que amenaza.

—Bien venido seais, jóven, dijo el anciano sin mirarlo: el picante olor de las retamas y de los lentiscos de estos montes, me revela que ya los humedece la pesada gota de la lluvia que se encierra en esas nubes: seguidnos, que mi cabaña no está lejos.

—Allí, dijo la jóven con ingenua premura, señalando al inmediato declive de la montaña. Entonces el anciano apoyado con la diestra en su nudoso baston, se

© Biblioteca Nacional de España

asió del vestido de su hija para servir de guia al atónito viajero, este enlazado su brazo á las bridas de su caballo, apartó con pena sus ojos de la aérea figura de la doncella, para observar á su padre.

Justo Dios! era ciego! El ángel que guiaba sus postreros pasos sobre esta esfera precita, cuidaba en su afanosa ternura, que los ángulos salientes de las rocas, no hiriesen al autor de sus dias, volviendo de vez en cuando la cabeza para indicar al extranjero con un gesto lleno de gracia, el sitio menos expuesto donde colocar el pié.

Un sordo rumor sobrecojió á la apresurada caravana, como si en las entrañas de la tierra luchase el huracan para hollar sus cadenas, afanoso de dar la bien venida á la tempestad. Paso, paso! tremendos aquilones, no os opongais á su tremebunda furia: acatad la fuerza que os impele, y no provoqueis por la oposicion la lucha desigual del débil contra el fuerte: la naturaleza aletargada lo respeta... Vuela, vuela! Gigante de los aires, te saludo!..

Abrióse la densa nube que ya desgajaba sus vertientes, y una rápida y vivísima luz, deslumbró por un momento á los caminantes. Un grito desgarrador se escapó del pecho de la doncella, cayendo desplomada á los piés de su padre.

—Hija mia! esto era de temer! exclamó el anciano mientras el viajero arrodillándose, levantó en sus brazos el cuerpo de la jóven que se habia desmayado.

—La cabaña ha de estar cerca; caballero, no la veis? dijo el aflijido ciego.

—Junto á ella estamos: el perro lanzó un ladrido de placer: siguió el dócil palafren la caravana cerrándose tras ella la tosca puerta, formando una valla entre ellos y la tempestad.

Ya era tiempo: el huracan ostentaba su omnímodo poder: sin duda que desdeñaba destruir la endeble habitacion que guarecia aquellos pocos seres segregados de sus semejantes, contentándose con hacerla extremecer á su placer: pronto se recobró la desvanecida doncella, y el patriarca de aquel valle ya tranquilo sacudió su capa, y volviéndose al extranjero:

—Bien venido seais, caballero, le dijo: tomad asiento donde os plazca, y me hareis merced, disfrutando de lo poco que puedo ofreceros: María! continuó dirijiéndose á la jóven; procura hacer llevaderas á nuestro huésped, las horas que pase bajo nuestro techo.

No se hizo ella de rogar: paja fresca tuvo el caballo en el lugar que se le destinó, y el viajero, ante un fuego bien nutrido, participó con sus hospitalarios amigos de la frugal colacion preparada por la doncella con la mejor voluntad. No es en el palacio del Prócer, bajo el artesonado dorado, donde el extraviado peregrino ha de buscar el pláceme de bien venida; en el opulento alcázar, la vanidad hace los honores del festin: en la cabaña humilde, el corazon agasaja á su semejante.

La lluvia caia con estrépito por las vertientes de la montaña, uniéndose las aguas en la llanura arrebatando en pós las pálidas y postreras hojas de los desnudos árboles: el huracan destaca de su soberbia trompa, sus indescifrables sonidos, y en tanto el comensal del pobre ciego olvidaba la tempestad por contemplar á la virgen del Valle: y se decia;

—Tan perfecto tipo de sublimidad y ternura, no ha nacido entre las grietas de estos montes: su admiracion no pasó desapercibida del digno anciano, que á falta de vista material, su inteligencia se apoderaba de las situaciones.

—Admirad, señor viajero, dijo, á la equitativa Providencia: hoy os guarece de un peligro, al que tal vez os expone mañana: entonces, nos creemos exentos del peso de la gratitud, y la acusamos de mudable. Ay! la sabia mano que nos rige, dá por explicacion de sus misterios la cadena invisible de los sucesos... La imprudente humanidad provoca por su caprichosa conducta las consecuencias que mas tarde deploramos, confundiendo en general los efectos con las causas: ved en mi, caballero, un palpitante ejemplo de lo que vais oyendo: no se me oculta vuestra sorpresa al ver habitar estas sierras á un anciano ciego, con la delicada criatura que me acompaña. Los sucesos que voy á referiros, os demostrarán que hay un arcano providencial, á que el hombre debe someterse sin oponer la rebeldía de sus mal fundados juicios... así hallareis, añadió sonriendo con tristísima expresion, la solucion del misterio que debe encerrar para vos, el desmayo de María.

Calló el anciano unos instantes, sublevándose en su mente los punzadores recuerdos del pasado... esa invisible saeta que horada sin cesar el corazon, que guarda como un sagrado tesoro el tósigo que al fin le dá la muerte!

La tempestad bramaba con creciente furia: María miró con simpática ternura á su padre, como si tratara su compasiva mirada de aligerar el peso que abrumaba el pecho del anciano: luego fijó sus ojos un instante en su asombrado huésped, prodigando una caricia al perro, que gruñó amistosamente?

—Yo nací en el Norte de la América, continuó el ciego: mis padres me dedicaban á la carrera del Foro, y terminados mis estudios en la universidad de Cambridge, torné á Boston, alcanzando permiso para seguir por algun tiempo mi inclinacion por los viajes. La libertad pugnaba entonces por sacudir el yugo de la tirania y el Norte-Americano, sacrificaba con gusto su vida para oponerse á la invasion del opresor. Ávido de emociones, el entusiasmo de la época ganó mis simpatías, y tomando partido á favor del oprimido, logré en su defensa alcanzar renombre, y le fama publicó mis hechos... Permitid que calle un nombre cuya celebridad seria hoy un sarcasmo. Os diré pues, que algunos años mas tarde, cansado de las alternativas de la lucha, enriquecido solo por la doble vista de la experiencia, volví al hogar paterno; mis padres no existian ya! Triste condicion humana! Corre el mortal afanado tras la gloria ó la fortuna, y no advierte que de paso, se van desatando para él, los lazos conservadores de su existencia... Solo desde entonces, con una mediana fortuna, sin ambicion ni proyectos, dejaba deslizar mis dias en una apática indiferencia. Una tarde, cansado de divagar por las pedregosas playas de la Isla, acerté á dirijir mis pasos á una casita aislada rodeada de sicomoros y tilos: encantóme su elegante apariencia, y penetré en el jardin que daba entrada al vestíbulo del edificio: todo era silencio en aquel recinto: pasados unos instantes creí percibir el ténue susurro de una plegaria en voz baja: una ventana del piso bajo entreabierta, me permitió explorar el interior.

En la segunda pieza que daba frente á mi, ví un espectáculo enternecedor que me dejó petrificado... en un ligero y blanco lecho yacia una mujer, cuyas facciones revelaban la impresion fatídica de la muerte: apoyada en él, y de rodillas, se veia una jóven, trasunto de un querubin, en la actitud desesperada de una afliccion sin consuelo: sus magníficos cabellos de un rubio cenizo, caian en desordenados rizos sobre sus alabastrinos hombros, mal cubiertos con una batista: un anciano sacerdote y una criada, se mantenian de pié á cierta distancia: permaneci algunos momentos fijos los ojos en aquella escena aflictiva, y al ver caer desvanecida en el suelo á la dolorida jóven, comprendí que la segur violenta del dolor, agostaba aquella flor sin ventura, y que un alma abandonaba su cárcel, para llegar contrita ante el trono de su creador!..

Detúvose el anciano unos instantes: su respiracion era agitada y corta; el extranjero observaba conmovido á la doncella, por cuyo rostro al parecer sereno, se deslizaban silenciosas lágrimas: mudo y elocuente dolor... raudal que no se desborda, gravitando su profunda amargura en el fondo del corazon, que guarda como el avaro su líquido tesoro!

Ay! el dolor humano es una trompa de cien bocas, que lanza cada cual al aire su distinto tono: desgraciado del que carece de voz y corroe silencioso los principios de la vida, el soplo de la fatalidad!

—Creyendo que en tan críticas circunstancias pudiera ser útil, no tardé en acudir al socorro de aquella jóven infeliz: la presencia de un extraño en esos casos, lejos de causar extrañeza, alivia y consuela: partí con el anciano cura, y la afligida criada los cuidados que reclamaba la fúnebre hora en que entré en aquella casa, y supe por ellos, que la difunta, interesante y jóven viuda de un proscripto, bajaba á la tumba víctima de ese mal que arruina el corazon sensible de la mujer, sin borrar del labio la sonrisa ni dejar su huella en la frente del mártir! Su hija, blanca paloma sin hiel, quedaba sola en la tierra. Creíme elegido por Dios para ser el tronco sobre el que descansase aquella delicada liana, y aunque disculpable en mi orgullo, he aprendido despues á no ser audaz intérprete de la voluntad divina. María, la interesante huérfana, fué desde entonces objeto de mi idolatría: feliz cuando su sombrío dolor permitia á su noble y sencillo corazon mandar al labio una sonrisa, hija de su gratitud. Puse á su lado, una anciana que la acompañase, contemporizando así con el bien parecer, y mi vida entera era una constante adoracion.

Un año pasó de esta manera: el amor regeneró por fin el alma doliente de mi amada, y pasado este tiempo, determiné poner á sus piés lo muy poco que tenia que ofrecerla, toda vez que imperaba absoluta en mi albedrío. El carácter de María era un compuesto de atractivos y perfecciones; unia la amable timidez de un niño á la noble entereza de la mujer. Difícilmente pudiera Dios excederse al formarla, en la excelencia de un ser humano!

La voz del ciego se hizo quebrada y sorda, y una lágrima brilló en su descarnada megilla. El viajero estrechó con efusion su mano, y mas alentado, continuó:

—Ilusiones! esperanzas! ensueños que halagais la embriagada mente del mortal... Oh! recojed vuestras vaporosas alas: no brindeis un deleite que haria desdeñar la bienaventuranza! Dios, el principio de vida, puede solo dar á sus escojidos ese inconmensurable bienestar, que la ambiciosa imaginacion del hombre, se promete acá en la tierra, y el infalible dedo de la experiencia, le señala su destino, tan falible como su precaria fortaleza!

Solo un rasgo de debilidad habia yo notado en María, y era un invencible terror á los relámpagos: el amago de la tempestad, la hacia palidecer; y confusa, desalentada, huia sin comprender mis palabras, como si se oscureciese su corazon. Este pánico que yo calificaba de puerilidad, pareciame un título mas que reclamaba mi proteccion, y esperaba desvanecer con mis consejos y esfuerzos, aquella porfiada preocupacion: En vano la expliqué con la persuasiva elocuencia del amor, los detalles de esa convulsion de los elementos, que chocando entre sí su potente fuerza origina ese fenómeno, imponente siempre á los ojos del mortal, ya se explique filosófica ó místicamente. Escuchaba María mis palabras con silenciosa atencion, quedando al parecer convencida; mas apenas daba paso la cargada nube á ese vivido destello nuncio de la explosion del trueno, sorda á mi voz, lanzaba un ay! despavorido, se ocultaba á mi vista como la sombra de un ángel errante, dejándome sumido en doloroso estupor. ¿Quién podrá explicar ese arcano que la naturaleza ni la ciencia nos puede revelar? Qué solucion daremos á ese enigma de la inteligencia humana tan capaz de abarcar grandes misterios, y tan obcecada á veces ante la esplícita verdad? La sabia Omnipotencia que permite al hombre investigador darse cuenta de las maravillas que le rodean, lo deja en la ignorancia, respecto de los incompatibles instintos, y los presentimientos que agitan su ser...

Llegó por fin el suspirado dia, en que pude llamar esposa la única mujer que habia amado, cuya felicidad parecia confiarme el cielo... Oh! él solo sabe con qué religioso éxtasis recibí en mis brazos aquel angel de pureza en forma de mujer, que confiada en mi amor, me dijo sollozando.

—Tú eres toda mi familia.

No se desvela una madre junto á la cuna de su infante, con mas solicitud, de la que yo empleaba en velar su sueño, en observar su sonrisa y rodearla de aquellos cuidados y complacencias que forman la felicidad y la existencia de una delicada mujer. Seis meses pasaron, sin que pudiésemos darnos cuenta de nuestra mútua ventura: nuestra gratitud hácia el Todopoderoso, no tenia voz; y solo se manifestaba elevando nuestros ojos con ternura al firmamento, al que en vano se pide la garantía de nuestra futura felicidad!

Llegó el invierno de 1827, fecundo en naufragios y terremotos, y las tormentas se repetian en nuestra isla con inusitada frecuencia. María perdió sus colores, y un nervioso temblor agitaba de continuo sus flexibles miembros: rogóme un dia que fuésemos á habitar en otro continente, menos visitado por la tempestad: prometí darla gusto, mas siéndome sensible abandonar para siempre el cielo que cobijó mi infancia y mis amores, demoré la realizacion del proyecto, alimentando aun la esperanza de desvanecer aquellos insólitos temores, única sombra que turbaba de vez en cuando la paz de nuestra vida.

Acostumbrada á que yo adivinase sus deseos, no insistió María en su peticion, manifestándose tranquila y resignada:

Caballero, continuó el anciano tornándose hácia el extranjero, y dando á su entonacion una ficticia energía. La mujer es un ser incomprensible, dice de continuo nuestro sexo: es verdad... pero es, porque el hombre, en el compuesto de su organismo, no alcanza á percibir las delicadas fibras que forman el tejido del cérebro, de esa que llamamos la mitad de nosotros mismos: en esa mitad está depositada la parte sensitiva de que nuestra fuerza abusa tantas veces: su fuerza está cifrada en su inteligencia, y en los afectos de su alma; ¿quién de nosotros podrá igualarlas en amor, desprendimiento, y abnegacion?

(Se concluirá.)

Tú eres ráfaga leve
Del caprichoso viento,
Yo soy vapor que leve
Sigue su impetuoso movimiento.
Ay, bien lo sé,
Me desharé.

Tú de alegre cariño
Eres arrullo blando,
Yo incomprensible niño
Que el sueño huyo y que le voy buscando.
Ay, ya lo sé,
Me dormiré.

Tú eres lazo tendido,
Que ni á mirar me atrevo;
Yo pájaro sin nido
Que temo al lazo y que codicio el cebo.
Ay, bien lo sé,
Al fin caeré.

Tú eres la onda de plata
Del arroyo impaciente,
Yo el ramo que retrata
El sereno cristal de la corriente.
Ay, ya lo sé,
Te seguiré.

Tú del gentil manzano
Eres la fruta bella,
Yo el tímido gusano
Que muere preso al sepultarse en ella.
Ay, ya lo sé,
Te morderé.

Tú eres la llama airosa
Que en el ambiente ondea,
Yo soy la mariposa
Que en torno de la luz revolotea.
Ay, ya lo sé,
Me quemaré.

JOSÉ SELGAS.

© Biblioteca Nacional de España

# UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

—¡Ya! ¿cómo es posible que sea tan tarde? ¿Los señores están en la mesa?

—El señor conde no ha bajado aun, pero el coronel está esperando.

Si ella corria á él, si con algunas palabras afectuosas, una sola bastaria, borraba de su mente la penosa impresion de la víspera y se olvidaba todo... pero no, esto era demasiado para ella... mejor seria escribirle dos palabras.

—Probemos, se dijo.

Y se volvió á sentar y volvió á tomar la pluma.

¡Imposible! ¡Imposible! La pluma se cayó de nuevo sobre el papel.

—¡Debo partir pues! Humillarme y humillar á Hermann es superior á mis fuerzas... ¡cuánto sufro!

Se estrechó el pañuelo sobre sus hombros, y salió con presteza de su aposento, sin detenerse hasta que se halló en la puerta del comedor.

—Estais encantadora esta mañana, la dijo el conde ofreciéndola una silla; se ha pasado completamente la jaqueca?

—Gracias, me encuentro muy bien; Hermann, vuestra taza.

El coronel alargó la taza, y quiso la casualidad que se tocaran sus manos; entrámbos alzaron la cabeza y se miraron; la mirada de Lavinia era conciliadora; la de Hermann sombría; una mirada no podia cambiar su situacion. Lavinia, con el corazon comprimido comprendió que no podia resistir á su destino; era preciso que se resignara á sufrirle... la mirada de su esposo se lo decia así... y sin embargo, algunas horas antes ella habria podido cambiar en alegrías las miserias que la esperaban. ¡Oh! ¡cuán loca habia sido!...

El almuerzo tocaba á su fin, y todos estaban silenciosos y preocupados.

En esto llegó el correo; entraron las cartas al coronel y entre ellas habia una para Lavinia. Hermann se la entregó; la jóven la abrió impaciente, pues habia reconocido la letra de Rodolfo. Un instante hubo un silencio absoluto en el comedor; cada cual se hallaba entregado á la lectura de su correspondencia, cuando Lavinia exclamó:

—Querido Hermann, es preciso que me permitais partir dentro de algunas horas; mirad, Julia está en peligro, y quizá en este instante mi pobre Rodolfo se queda viudo.

Y dió al coronel la carta, que contenia estas palabras apenas legibles.

«Te suplico, Lavinia, que en cuanto hayas recibido esta carta vengas á verme. El cielo me ha dado un hijo, pero Dios sabe cuántas horas conservaré á mi amada Julia. El médico no me quiere dar ninguna esperanza. El correo sale; recibirás esta esquela mañana; puedes estar aquí dentro de veinte y cuatro horas, no me abandones.

»Tu hermano—Rodolfo.»

—Hermann, me permitis que vaya? Con dos semanas tendré suficiente tiempo, y en los primeros dias de abril estaré de vuelta.

Lavinia en presencia del conde y del mayordomo que acababa de entrar, no sentia ya timidez alguna.

—No fijeis época, quizá podreis regresar mas pronto, dijo el coronel con una voz tan conciliadora como lo eran sus palabras.

Se levantaron de la mesa, y el coronel tomando el brazo de Lavinia, la llevó hácia una ventana y la dijjo:

—¿De veras estais resuelta á volver así que hayais cumplido con vuestros deberes en casa de Rodolfo?

—Hermann, ¿podeis preguntármelo?

—Otra cosa mas preguntaré... Quiero saber cuándo habriais vuelto sin esa carta de Rodolfo que dá un motivo aceptable á vuestro viaje.

—Hermann, respondió con una voz suave y cariñosa, si mi hermano no me hubiese escrito, yo no habria hablado de semejante viaje; y pienso que comprendiendo mi silencio, os habriais portado como un vencedor generoso.

A estas palabras cuya veracidad atestiguaban el rubor de su frente y la turbacion de sus ojos, el coronel estuvo á punto de estrecharla contra su corazon que hacia tanto tiempo palpitaba por ella; sin embargo, se armó de dureza, se humilló delante de sí mismo, pero sus labios no se abrieron... Lavinia no pudo saber todo el amor que aquel corazon la enviaba, pero comprendió que estaba apaciguado.

—Veo que me habeis perdonado, Hermann, le dijo Lavinia, que conocia que la victoria era suya; hacedme el favor de prevenir al mayordomo que tiene que acompañarme.

—¿Y porqué no me confiais ese cuidado?

Lavinia se sonrió con cierta confusion.

—Mi querido Hermann, por muchas razones es preferible que yo viaje sola.

—Como gusteis; os acompañaré por el camino lo mas lejos que pueda, pero sin llegar á casa de Rodolfo, y cuando volvais tambien os saldré á buscar á la mayor distancia posible.

—Gracias, Hermann, gracias, pero si Rodolfo se queda solo, tendré que prolongar mi ausencia.

—¡Oh! No hablemos de eso, repuso el coronel, no pongamos en lo peor todas las cosas. Tratad de volver, Lavinia, ya sabeis que sereis bien recibida aquí... cuanto antes será mejor, pero de todos modos, haced vuestro gusto... no os impongais por mí la menor violencia.

Lavinia le dió las gracias, y dos horas despues los dos esposos se hallaban en camino.

El conde dejó al dia siguiente el Rosenborg.

## XIX.

Lavinia habia partido á mediados de marzo; mayo habia ya reverdecido todos los bosques que rodeaban el Rosenborg, las praderas se esmaltaban de nuevo, y el coronel no habia recibido aun ninguna carta que le anunciase el regreso de su esposa.

Julia, que verdaderamente habia estado á dos pasos del sepulcro, estaba salvada; pero la convalecencia era muy lenta, y sus imprudencias la comprometian á cada instante, de modo que Lavinia, aplazando de semana en semana el dia de la despedida, se encontraba aun con ella.

—La menor cosa puede hacerla recaer gravemente, habia dicho el médico; necesita muchísima precaucion y los mayores cuidados.

Y únicamente Lavinia podia cuidarla, pues Rodolfo se hallaba demasiado abatido para obrar, ó demasiado débil para resistir á las exigencias de la jóven madre, exigencias infinitas y que nada podia satisfacer, ni la tierna solicitud ni la presencia constante de su marido. Cuando se acercaba á ella le decia que le incomodaba; cuando se alejaba no tardaba mucho en exclamar que estaba cansada de ella y le huia. Si le suplicaba que leyera en alta voz y Rodolfo la observaba que el médico se lo tenia prohibido, se deshacia en lágrimas declarando que ninguna mujer era tan desgraciada como ella, que todas veian límites en su dolor, y que ella no los conocia; y luego por un cambio súbito, se disculpaba porque hacia padecer tanto á su amado Rodolfo, y maldecia todos sus caprichos. Pero si el amado Rodolfo aprovechando tan buena ocasion, la suplicaba que se calmara y la recordaba que las lágrimas eran para ella muy peligrosas, entonces gritaba sollozando que todo el mundo tenia al menos derecho de llorar, y que á ella se lo prohibian; que no solo debia padecer, sino que debia no quejarse.

Y Rodolfo desesperado no sabia qué partido tomar; sin embargo delante de Lavinia no tenian lugar estas contestaciones. Una vez que habia manifestado su voluntad era preciso conformarse á ella, y acababa siempre por obtener lo que pedia, gracias al ascendiente singular que era propio de su naturaleza; de modo que Julia que no la habia tenido cariño hasta entonces, la cobraba afecto, porque sabia apreciar cuánto valia allí su presencia, y la suplicaba que no la abandonase. Lavinia cedia pues contra su voluntad, pues hacia tiempo que habria querido regresar al Rosenborg.

Por fin el médico declaró á Julia fuera de todo peligro; ya se levantaba hacia cerca de quince dias, y el único remedio que la prescribieron aun, fué que pasara una temporada en el campo. Lavinia repitió en nombre de su marido y en el suyo propio el convite de ir á pasar algun tiempo al Rosenborg; pero desde aquel momento, todas las instancias de su hermano para que permaneciera mas en su compañía fueron inútiles; habia recibido una carta de Hermann, en la cual se quejaba friamente de que tenia que renunciar al placer de verla antes del dia en que se hallaba en la precision de marchar al campamento. Lavinia contestó al punto que solo esperaba para volver al Rosenborg, al mayordomo que debia acompañarla.

Con sentimientos imposibles de describir Lavinia esperaba en aquel aposento que habia visto sus bodas, aquel mismo carruaje que hacia seis meses la habia conducido al Rosenborg. Es verdad que en lugar del coronel no veria ahora mas que al mayordomo; pero sin embargo su corazon rebosaba de alegría, y una impaciencia febril la devoraba.

¡Cómo habia cambiado el tiempo sus pensamientos y sus ideas! ¿Pensaba ahora con dolor en el Rosenborg y en su amo? No por cierto. Aquella turbacion que la agitaba era hija de su ardiente deseo de ver á su marido... ¡La separacion habia sido tan larga!

Pero de repente un pensamiento sombrío vino á desvanecer toda su alegría; el mismo carruaje que ahora vendria á buscarla la llevaria dentro de dos, tres ó cuatro meses ¿á dónde?... poco la importaba saber adonde, puesto que jamás debia volver á ver el Rosenborg.

Y sin embargo, ¿quién sabe? se decia... no seria la cosa mas extraña y mas incomprensible: otra mas inexplicable ha pasado en mi corazon... pero no: el coronel se mantendrá firme en lo que ha dicho... nos separaremos, y él libre entonces irá á buscar...

Contra su voluntad siempre acudia á su labio un nombre que no se borraba de su mente. Este nombre la perseguia por do quiera reunido con el de Hermann: ¡María! Sin duda aquel billete no estaba escrito con un ardor de amante, pero acusaba demasiada intimidad para ser de un indiferente. Era preciso que existiera entre los dos un lazo secreto, y ella empezaba á odiar á aquella jóven con toda la fuerza de una pasion invencible.

—Sin embargo, se decia para ofrecerse un consuelo á sí misma y justificarse á sus propios ojos, estoy segura de que en mi ausencia no la habrá visto ni una sola vez.

Por fin la anunciaron que habia llegado el carruaje. El mayordomo la dijo que su amo no habia podido venir á pesar de sus deseos, pues se lo habian impedido las faenas campestres.

Era una decepcion para Lavinia cruel quizá aun cuando respondió sonriendo que ella no le aguardaba. Bastante le habia hecho esperar para que tomara su desquite. Sin embargo, mandó que cambiasen los caballos á fin de partir inmediatamente, y ninguna súplica la hizo variar de resolucion. Cada instante de tardanza la era insoportable; por fin, los preparativos se concluyeron: se despidió casi con indiferencia de Julia y de Rodolfo y se puso en camino.

Cuando se halló en el carruaje oyendo los gritos del postillon que excitaba á los caballos se calmó: pensó en el instante de ver al coronel: y deseaba que le hablase de él el mayordomo, aun cuando no se atrevia á pedírselo.

No obstante, al cabo de una larga pausa, exclamó:

—Pienso que mi esposo habrá tenido algunos amigos durante mi ausencia y que habrá hecho algunas visitas.

—¡Oh! No, señora, nadie y no ha salido sino para ir todas las tardes á Kullen.

—¡A Kullen! ¡A casa de María Rhenmann!

Lavinia medio sofocada se recostó en los almohadones del coche.

Se habia pues aprovechado de su ausencia para reanudar unas relaciones criminales. La veia todas las tardes!... Ahora se explicaba la frialdad de sus últimas cartas: la querida le habia hecho olvidar á la esposa, y ella iba á verse sin amigos, sin protector cerca de aquel hombre que la engañaba: tendria que sufrir la humillacion de su indiferencia, la vergüenza de sus secretas visitas: su corazon se despedazaba dentro de su pecho. Ocultó su cabeza en sus manos y se puso á sollozar sin que el mayordomo la oyera.

—¡Señora! ¡Señora! exclamó el sargento con una animacion inusitada, ahí viene el coronel.

Lavinia se asomó y vió á Hermann que se dirijia á galope hácia el carruaje: pero cuando estuvo tocándole se paró con el mayor asombro. Habia dicho al sargento que queria sorprender á su señora: mas todas las halagüeñas esperanzas que habian llenado su corazon durante el viaje se desvanecieron en un segundo.

Cuando su mirada encontró la de Lavinia, comprendió que nada habia olvidado, que no habia perdonado nada. Aquella mirada era en un todo semejante á la que lanzaron sus ardientes pupilas en el momento en que, contra su voluntad, habia traspasado el umbral de su dormitorio, y era que en efecto, las preocupaciones que la agitaban ahora eran las mismas. En la accion de su marido veia mas que una impúdica hipocresía: acababa de dejar á su querida á fin de llenar un deber vulgar. Las megillas de Lavinia se cubrieron de llamas que secaron instantáneamente las lágrimas que por ellas corrian.

—Os habeis dado un mal rato por mí, murmuró Lavinia; lo siento mucho.

—Ya lo estoy viendo.

El coronel dijo estas palabras sin ira, pero con una tristeza inexplicable.

Lavinia se calló.

—Mucho os ha debido costar dejar á vuestro hermano: aun teneis señales de lágrimas en el rostro.

—Son naturales en este momento.

—Muy naturales, y por eso temo servir de estorbo á vuestros recuerdos y á vuestras emociones: ¿no seria mejor que os dejara continuar sola?

Lavinia comprendió la necesidad de salvar al menos las apariencias, y haciendo un esfuerzo para vencer su repugnancia, exclamó:

—¿Qué decis, Hermann? ¿Habeis andado tanto para volveros solo? ¡Oh! venid conmigo.

El coronel que habria deseado ardientemente continuar sin ella aquel viaje emprendido con esperanzas tan cruelmente engañadas, se vió no obstante en la precision de sacrificarse á la necesidad, y mientras sentia que su abrasada cabeza se trastornaba, experimentaba como la sensacion de una mano helada que estrechaba su corazon y ponia término á sus latidos.

Jamás habia sufrido un dolor tan agudo, nada que se pudiese comparar con lo que entonces sufria. Hacia cinco semanas que ansiaba llegar aquel momento que su anhelo y su amor le pintaban como el mas dulce de su vida, pues desde la marcha de su mujer, abatido hasta lo recóndito del alma, habia comprendido lo que valia para él su presencia: durante cinco semanas habia repasado en su memoria aquellas rápidas palabras que mediaron entre los dos en el momento de la partida; habia contado con su regreso para desquitarse de todas las amarguras de su ausencia... y ahora su mayor sentimiento era que Lavinia no poseyera el carácter recto y puro que durante largo tiempo la habia atribuido. ¡Qué de cambios en el espacio de dos meses! ¡Qué de alternativas de pasajera intimidad, de frecuentes enojos! ¿Con que era una mujer caprichosa, cuando la habia creido tan apacible y tan igual? ¿Porqué aquella acojida despues de las líneas amistosas que le habia escrito?

En los primeros minutos de su reunion y andando ya el carruaje, entrámbos guardaron silencio; tenian necesidad de dominarse, de recojerse y de examinarse mutuamente para presentarse otra vez el uno al otro con una nueva máscara, pues su destino queria que tuviesen que ocultar siempre lo que les turbaba, con apariencias de indiferencia é impasibilidad. Lavinia conoció que por segunda vez habia dado á su esposo un legítimo motivo de resentimiento, que le habia herido en lo mas hondo del corazon, y lo conoció en aquella tristeza sin ira, pero tan profunda, que la parecia imposible no fuera eterna. Si en realidad hubiese sido lo que era á los ojos del mundo, su marido, no habria vacilado en abrirle su alma, en mostrarle todas sus sospechas, todas sus angustias, todos sus celos; pero ¿qué derecho la daba á su benevolencia aquel matrimonio simulado, aquella union transitoria cuyo fin estaba tan cercano?

© Biblioteca Nacional de España

—Lavinia, preguntó el coronel, ¿preferiríais ir á tomar baños á quedaros en el Rosenborg mientras me halle yo en el campamento?

El coronel sentia la necesidad de hablar y no sabia como hacerlo.

Lavinia se sonrojó al oir esta proposicion.

—Os agradezco, respondió haciendo un esfuerzo, que hayais pensado en preporcionarme esa distraccion; pero no puedo aceptarla, porque debo permanecer en Rosenborg, adonde nos debe de llegar gente.

—¡Ah! me habia olvidado de vuestros huéspedes; ¿cuándo vendrán?

—A fines de junio, esto si un motivo cualquiera no os obliga á prescindir ahora de vuestro convite.

—¡Yo! Vuestros deseos son mis leyes; estoy dispuesto por el contrario, á convidar á todos nuestros conocimientos, para convertir el Rosenborg en un centro de placeres, si eso puede agradar á vuestros hermanos. Sí, que se vuelva mi casa un palacio encantado, que todos los dias haya paseos á caballo, bailes por la noche y comedias; en fin, que la vida en el Rosenborg sea una vida estrepitosa y loca, como si estuviésemos celebrando los dias de nuestra existencia!...

El coronel pronunció estas palabras con un ardor extraño. Lavinia comprendió la ironía y la amargura que rebosaban, pero provocada de un modo tal, respondió en el mismo tono:

—¡Oh! Seria divino; no os daba yo una imaginacion tan fecunda; ¿á quién debeis pues esos pensamientos?

—A mi viaje de esta noche, pues he viajado toda la noche para encontraros. Al salir estaba de un humor melancólico, y me ocupaban las ideas mas tontas que se pueden imaginar, ideas de retiro, de soledad, de silenciosa existencia entre dos personas; en fin, si os enumerase todas las cosas ridículas que pasaban por mi cabeza, es reiriais á mas no poder; pero á le mia, todos esos pensamientos se desvanecieron como el humo á la vista de vuestro carruaje. Vuestra ardiente mirada me arrancó á mis ideas melancólicas, vuestra voz encantadora vino á hechizar mi oido, y en diez minutos he soñado mas placer y mas ruido que en todos los años de mi vida.

*(Se continuará.)*

## DESCUBRIMIENTOS CIENTIFICOS.

### REGORMA RADICAL EN LOS FERRO-CARRILES.

Nosotros, los que hemos hecho travesías marítimas en faluchos y en botes cuando no se conocian aun vapores, nosotros, que hemos sentido nuestros miembros descoyuntarse en una mala calesa cada vez que teniamos que viajar por tierra allá en los tiempos en que no soñaban en aparecer por el mundo los ferro-carriles, somos los que nos encontramos en mayor aptitud de comprender las inmensas ventajas de estos nuevos medios de transporte, puesto que fuimos víctimas de los antiguos. Gran parte de la actual generacion, al gozar de estas ventajas, no pudo conocer aquellos inconvenientes, por tanto no se halla en el caso de apreciar en todo su valor lo que su época le ha dado ya hecho y todo; pero á poco que se tome el trabajo de arrojar una mirada hácia los tiempos que pasaron, no podrá menos de felicitarse por haber nacido algunos años despues, como á su vez se felicitará la generacion que le suceda por no haber salido á luz en el presente siglo. Tales es de creer que continúen siendo los adelantos de la industria y la importancia de sus aplicaciones ulteriores.

No imaginen las amables lectoras de LA MODA ELEGANTE que puede ser para ellas de escaso interés cuanto atañe á estos adelantos; ellos les dan medios para gozar de un presente, del que no podian gozar sus abuelas; ellos les abren un campo que á aquellas les estaba vedado ó poco menos. Ahora la dama mas delicada, la que solo posea una regular fortuna, la mas meticulosa, la mas aficionada á las comodidades, puede viajar, porque el viajar no lleva ya consigo, como antes, todas las molestias, todas las privaciones. Entonces, y salva alguna rara excepcion, ninguna emprendia un viaje sino por absoluta necesidad, porque ya sabia que tenia que hacerlo de la peor manera posible; sabia que para una simple escursion, por ejemplo de Cádiz al Puerto de Santa María á los toros ó á la feria, le era forzoso embanastarse en un mal falucho atestado de gentes de todos los pelages, donde por todo rehenchido cojin solo encontraba una mala tabla, en la que, despues de algunas horas de balances, de salpicones de agua, de sustos y de mareo, llegaba escuálida, descompuesta y pisoteada al término de su viage, si es que el barco no baraba en la barra, lo cual era frecuente, y á duras penas y entre mortales congojas lograba que la sacasen á tierra cabalgando sobre los hombros de algun marinero.

Comparen pues aquello con las cómodas cámaras de un vapor, con los confortables coches de un ferro-carril, y luego nos dirán si ha sido poca su suerte al nacer en un tiempo donde los medios de transporte les permiten el ir á todas partes, sin tener que consultar para ello otra cosa que su voluntad y sus medios, los cuales rara vez imposibilitan estos recreos por la baratura á que han llegado las comunicaciones.

Pero nos vamos separando de nuestro asunto, que, como arriba dijimos, no es otro sino el ocuparnos brevemente de algunas reformas radicales, las cuales, segun hemos leido en algunas revistas extranjeras, amenazan al sistema actual de los ferro-carriles, si llegan á confirmarse, aplicados en mayor escala los resultados felices que han dado sus primeros ensayos.

Mr. Girard, ingeniero francés, es el autor del pensamiento. Dado caso de que este llegue á realizarse vamos á ganar lo siguiente:

Supresion absoluta de las locomotoras. Este es un gran ahorro, asi por su elevado precio, como porque con su enorme peso deterioran prontamente las vias.

Los wagones serán sencillísimos; se suprimen los muelles de suspension y las ruedas.

Nada de frenos ni de aparatos accesorios.

Las vias serán mucho mas cortas, porque no habrá que evitar las pendientes ni las curvas de pequeño rádio.

Se aumentará la velocidad en un tercio por lo menos de la actual.

El movimiento será imperceptible; no habrá trepidaciones ni saltos.

Los trenes partirán desde su salida con gran velocidad, y bastarán algunos segundos no mas para detenerlos del todo.

Con todas estas supresiones dicho se está que el precio de los trasportes ha de disminuir considerablemente.

Y despues de leer todo esto quizá nos interpele alguno diciendo: «¿Está V. seguro de haber leido bien ese artículo de revista? ¿V. sabe que lo que nos acaba de contar es casi la isla de Jauja aplicada á los ferro-carriles?»

A eso responderemos que el artículo de revista en cuestion existe, y está impreso en el presente año de gracia de 1863; que el nuevo proyecto ha sido sometido á una comision científica; que el emperador y la emperatriz de los franceses, no solo han presenciado estos ensayos acompañados del ministro del interior, del de obras públicas y del director de los ferro-carriles de Francia, sino que colocados en un carruaje han corrido con una velocidad espantosa el trayecto de la via, no deteniéndose en su carrera el vehículo hasta unos cuatro metros de la terminacion de aquella, en que lo hizo casi instantáneamente.

El artículo pues, no atestigua con muertos ni con personas de poco valer. Ello es forzoso creerlo.

Para dar una idea del nuevo descubrimiento bastarán pocas líneas, puesto que no fueran de este lugar los detalles científicos en que de otro modo nos fuera preciso entrar.

El principio fundamental estriba en disminuir los rozamientos hasta un punto tal que se hagan casi nulos. Esto lo consigue el autor interponiendo entre las dos superficies una capa de líquido, de modo que el vehículo no roza, sino se desliza sobre agua como si fuera un buque. Ahora bien, todos saben la facilidad conque uno de estos obedece á la menor impulsion, y el pequeño grado de fuerza que se necesita para darle movimiento. Por eso el autor suprime las ruedas, que no le servirian de nada, y en su lugar adopta unos patines, á modo de los que se usan en los trineos, que como todos saben sirven para correr sobre el yelo en los paises frios.

Los rails son, por consiguiente, muy anchos, y tienen por objeto presentar superficies lisas, que permitan al carruaje el resbalar mejor.

Falta decir algo del agente que se propone para dar movimiento al tren, toda vez que, como hemos dicho, se suprimen en este proyecto las locomotoras. Este agente consiste en inyectar un caño de agua en las paletas curvas de las ruedas colocadas en los wagones. Esta inyeccion, á la que se le dá una fuerza considerable, basta, no solo para hacer correr horizontalmente á los trenes, sino para vencer las resistencias de las pendientes, siempre que estas no sean exajeradas. Los inyectores deben estar á 50 metros uno de otro, y de 10 en 10 quilómetros se establecerán máquinas fijas de vapor ó hidraúlicas, para elevar el agua y darle la presion conveniente.

Los cálculos formados parecen dar un ahorro grandísimo en los gastos, lo cual deberá por fuerza refluir en ventaja de los viajeros.

¿Confirmarán las experiencias en grande escala todas estas brillantes esperanzas del autor y del público? Eso el tiempo lo decidirá.

Véase pues como los actuales ferro-carriles comienzan á estar amenazados de vejez á tan poco de haber nacido, para dejar su puesto á otra cosa nueva, que de seguro no será la última. No dejaba, por tanto, de obrar con prudencia aquel del cuento que andaba desnudo y con el paño debajo del brazo esperando la última moda.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

---

Con el presente número repartimos el prospecto del Almanaque Enciclopédico Español para 1864, que está publicando nuestro colaborador el Sr. D. Manuel Torrijos.

El recomendar á nuestros lectores su adquisicion lo creemos innecesario toda vez que ya está juzgado su mérito y conveniencia por el que publicó el pasado año, haciendo tres numerosas ediciones, las cuales se agotaron por completo en términos de no existir hoy ejemplar alguno de ellas.

El que se anuncia para 1864 contendrá los doce almanaques siguientes:

*Almanaque del Cristiano.—De las familias.—De la Corte.—Del bufete.—Del labrador y jardinero.—Del comerciante.—Del tocador.—Del político.—De los niños.—Del viajero.—De la ciencia y literatura.—Y el de la risa.*

Para la especificacion respectiva de ellos puede consultarse el prospecto.

La publicacion se hará por entregas al precio de **seis cuartos cada una**, y garantizamos que su terminacion tendrá lugar antes de fin de año.

Para su adquisicion nos parece conveniente copiar á continuacion las bases que estampa el prospecto.

EL ALMANAQUE ENCICLOPÉDICO ESPAÑOL formará un hermoso tomo de 450 á 500 páginas á dos columnas de letra muy compacta aunque tambien muy clara.

A fin de que todas las clases de la sociedad puedan adquirirlo, lo publicaremos por entregas de á 16 páginas cada una á dos columnas ó sean de 32 columnas repartiendo dos por semana ó mas si fuese del agrado de los suscritores.

No obstante lo costosas que son las obras de esta especie, tanto en su parte de impresion, como en los grabados y original, *el precio de cada entrega será el de* SEIS CUARTOS *en toda España*, francas de porte.

Cada entrega contendrá tanta lectura como tres de las que actualmente se publican á 10 cuartos.

El pago se hará de ocho en ocho entregas adelantadas cuando menos hasta completar el total del Almanaque.

Los que prefieran adelantar todo el importe del libro, solo enviarán 20 rs.

*No se servirá ninguna suscricion, cuyo pedido no venga acompañado del importe de las ocho primeras entregas*, y si remitidas estas, el suscritor no renueva la suscricion, se le suspenderá el envio de las entregas siguientes.

El pago de las entregas puede hacerse por medio de libranzas de Tesorería ó letras de fácil cobro, ó á falta de estas, por medio de sellos de franqueo.

Los pedidos se dirijirán *al Administrador* de *La Moda Elegante Ilustrada*, calle de Jesús del Valle núm. 6, Madrid.

Tambien se admiten suscriciones *en casa de los Sres. comisionados de La Moda Elegante Ilustrada.*

*(L. R.)*

---

**Administraciones exclusivas de La Moda.**

HABANA, calle de la Habana número 126.

MADRID, calle de Jesus del Valle, número 6, bajo.

SEVILLA, calle Catalanes número 4, esquina á la de Tetuan, oficina de la Andalucía.

BARCELONA, calle de San Honorato número 3, almacen

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España